

Los Escritos de Jomini y Clausewitz

Teniente Coronel DANIEL A. PONTON L.

En 1854, y en vísperas ya de la guerra de Crimea, Napoleón habría encontrado, a no dudar, tremendos cambios en el continente que en otros tiempos había aspirado a regir. Sus semáforos de señales habían sido reemplazados por alambres que transmitían mensajes en sólo unos minutos en vez de horas como antes. La logística de sus famosas marchas había sido relegada al pasado, mediante ferrocarriles que enlazaban las principales ciudades. Y por mar, el humo de los vapores podía verse con tanta frecuencia como las blancas velas de una época marítima que se desvanecía.

Tal vez lo más asombroso de todo era que desde Waterloo, ninguna guerra que implicara cierta importancia había tenido lugar en Europa. Todos los mariscales habían muerto, y los pocos veteranos supervivientes de Rivoli, eran considerados con aquella mezcla de admiración y ternura que se reserva a las reliquias. Sólo en el terreno político el fantasma del emperador hubiera caminado por terreno conocido, pues las ideas de 1789 eran aún suficientemente poderosas como para amenazar a la mitad de los monarcas de Europa en las barricadas de 1848. Por otra parte, la historia se había repetido con excesiva fidelidad, al nombrarse a sí mismo emperador de Francia otro Bonaparte, declarando: "El nombre de Napoleón es ya en sí mismo un programa".

Sin embargo, no cabe duda de que puede formularse el interrogante de si el emperador hubiera considerado como idóneo sucesor a su sobrino. Las ideas de la Revolución francesa le habrían resultado tan desabridas como a cualquier otro gobernante del día. Los generales de 1854 fueron inferiores a las nuevas armas de que disponían.

En todo Europa, quedaba sólo una única institución para consolar a quien había visto alzarse el sol sobre Austerlitz: el barón Antonio Jomini ocupaba aún su pedestal como el más conspicuo analista viviente del sistema bélico napoleónico. Había comenzado su primer tratado un año después de Marengo, y no había sido escrita la última palabra hasta pocos meses antes del estallido de la guerra franco-prusiana. Durante estos sesenta y ocho años, la laboriosidad del crítico igualó a su longevidad, pero su "Précis de l'art de la guerre" ha sido generalmente aceptado como la obra maestra de una larga serie.

Joven empleado de Banca en París en 1798, el escritor suizo volvió a su patria para resistir a la agresión francesa, elevándose al mando de un batallón a la edad de veintiún años. En 1801, comenzó su "Tráite de grandes opérations militaires", publicación que le trajo tal reputación que sirvió, en Austerlitz, como oficial ayudante de Ney, siendo agregado durante la campaña de Jena al cuartel general de Napoleón. El emperador le otorgó el título de barón y el grado de general a la edad de veintiocho años. Y tras la paz de Tilsit el zar le retuvo consigo como consejero militar. Actuó en España como jefe del Estado Mayor de Ney, y durante las operaciones alemanas de 1813, aunque su consejo no impidiera a aquél general cometer algunos garrafales y caros desatinos. Finalmente, la envidia de Berthier hizo tan difícil la posición de Jomini que, valiéndose de su condición de neutral, se unió a Alejandro en la Campaña que condujo a la batalla de Leipzig.

Aunque rehusó tomar parte en la violación del territorio suizo y la subsiguiente invasión de Francia, Jomini había tomado parte activa en casi toda la era napoleónica. Su punto de vista es consistentemente el del científico militar que trata de condensar sus observaciones, profusamente, en una fórmula viable para otros militares. De ahí que sus libros se hallen repletos de diagramas, axiomas y alusiones geométricas que, a menudo, empañan el lado humano de la guerra.

Como si se percatara de su debilidad en el aspecto psicológico, Jomini prevenía que la guerra es un drama apasionado y en ningún modo una ecuación. A pesar de tal definición, la mayoría de los seguidores de Jomini han errado por la rigidez de sus principios. El propio maestro no puede escapar a este reproche,

pues su conclusión, es la de que los escaramuzadores hacen el ruido, pero las columnas toman la posición.

Y aunque anotando que es un error hacer la guerra trigonométricamente, ponía especial hincapié en sus arcos-ángulos y diámetros, a costa de valores tales como la sorpresa y la movilidad.

Su tremenda atracción, en su propia época, estaba basada en el comprensible deseo de los militares contemporáneos de apropiarse de la pericia de Napoleón sin incurrir claro está en sus excesos. Las miserias de aquellos años llegaron a ser recordadas hacia la mitad del siglo XIX, evitando que cualquier gobierno se arriesgara a su repetición. Y como ulterior lección objetiva, por si fuera necesaria, las revoluciones de Europa en 1848 habían demostrado que las masas, instruidas mediante reclutamiento general, podían alzarse en armas hasta contra gobernantes impuestos "por la gracia de Dios".

La fórmula corregida, pero auténticamente napoleónica del propio Jomini, parece ofrecer las ventajas de una rosa que estuviera despojada de sus espinas. A pesar de una dilatada y halagadora asociación con él, llegó a ver los errores del conquistador con claridad meridiana, como para comentar: "Podría decirse que fue enviado al mundo con el fin de enseñar a los generales y estadistas lo que debían evitar". Tales limitaciones pudieron ser evidentemente remediadas, siendo ésta la lección que en su anaquel de libros ofrecía el analista. Parece lógico que estos principios no podían menos de impresionar a una generación que deseaba creer en la posibilidad de otro Austerlitz sin el subsiguiente trastorno de otro Waterloo.

El gran rival y contemporáneo de Jomini, Karl Von Clausewitz, no llegó a ver la publicación de su obra maestra "De la guerra". Y tampoco disfrutó de su fama, aun cuando las teorías del escritor prusiano hayan contribuido en parte a formar el sistema bélico de una época en la que había sido olvidado ya el Manual de Jomini. Este resultado, que habría dejado asombrado a los soldados de 1854, tiene su explicación en el hecho de que Jomini presentó un sistema de guerra, mientras que Clausewitz creó una filosofía. El uno ha sido relegado por las nuevas armas, mientras que el otro influye aún en la estrategia que se halla tras esas armas.

Nacido en 1780 de una familia polaca que había emigrado a Magdeburgo, Clausewitz ingresó en el ejército a la edad de doce años. Sirvió luego como edecán del príncipe Augusto en la campaña de Jena, siendo capturado y retenido como prisionero en Francia durante dos años. Después de asistir a Scharnhorst en la reorganización del ejército prusiano, llegó a ser oficial del Estado Mayor en las campañas de la guerra de liberación de su país. Durante los años que siguieron a Waterloo, el solitario y sanguíneo general llegó a cargar con la injusta fama de ser un bebedor secreto, debido a las horas que consagraba a sus escritos muy entrada ya la noche. Murió del cólera en 1831, habiendo dejado inconclusa su obra. Al año siguiente su mujer publicaba los dos volúmenes que han sido traducidos con el título de "De la guerra".

Aunque Clausewitz esperaba escribir un libro que no fuera olvidado en el transcurso de dos o tres años, ese destino pareció al principio hallarse reservado a su obra maestra. Aún en Prusia, su trabajo no llegó a tener resonancia durante una década: sólo hasta finales de siglo llegó a interesar de lleno a los soldados franceses e ingleses. Este lapso de tiempo sumido en el olvido no se puede atribuir a un contenido torpe, ya que Clausewitz había lanzado un reto a los críticos de la escuela de Jomini, ya que aseveraba que la guerra no podía adelantarse sin matanzas.

"No escuchemos —dice— a los generales que pretenden hacer conquistas sin derramamiento de sangre. Si la matanza sangrienta es un espectáculo horrible, ello es motivo para tener más respeto a la guerra".

Rompiendo con los preceptos de Saxe y Guibert tanto como con los de Jomini, el escritor prusiano ridiculizaba como filántropos a todos los teorizantes que creían en un diestro método de desarmar y vencer a un enemigo sin gran derramamiento de sangre. Clausewitz sostenía que "en cosas tan peligrosas como la guerra, los errores que proceden de un espíritu de benevolencia son los peores. Quien emplea la fuerza sin reservas, sin importarle la sangre vertida, debe obtener consiguientemente una superioridad en el caso que su adversario emplee menos vigor en su aplicación. El primero dicta entonces su ley al segundo".

Describiendo la guerra como una trinidad de violencia, suerte y razón, Clausewitz mostraba más adelante su desprecio por los axiomas de Jomini, subrayando el elemento de lo imprevisible: "No hay acto humano que se halle en conexión tan constante y tan general con la suerte como la guerra".

Clausewitz desarrolló su doctrina del principio de aniquilamiento instando a que el poder militar debe ser destruido, y el país conquistado de tal manera que no se produzca un nuevo poder militar, e inclusive debe ser destruida la voluntad del enemigo.

En divergencia con Saxe, quien creía y demostraba que la maniobra podía ocupar el puesto del combate, Clausewitz insistió: "Sólo disponemos de un medio en la guerra... la batalla... la solución sangrienta de la crisis; el esfuerzo por la destrucción de las fuerzas enemigas es el hijo primogénito de la guerra".

El escritor prusiano también difería, en otro párrafo escrito en cursiva de sus predecesores, que subrayaban las posibilidades de la maniobra prevaleciendo sobre la masa: "Un examen imparcial de la historia militar conduce al convencimiento de que la superioridad en número se hace cada día más decisiva". Y temiendo que la lección pudiera ser desestimada, la repite: "El principio de reunir el mayor número posible debe considerarse, por lo tanto, más importante que nunca".

Sería injusto no añadir que Clausewitz, al igual que Jomini, moderaba sus conclusiones con muchas y significativas restricciones. Así, si el escritor prusiano parecía abogar por una salvaje e ilimitada arremetida masiva, también mantenía que una guerra absoluta y real sólo puede ser justificada por una gran emergencia nacional. Si requerimos del enemigo un pequeño sacrificio, entonces hemos de contentarnos con esperar un equivalente pequeño por la guerra, y conseguirlo mediante esfuerzos moderados. Además, establecía su plan de que el estadista, y no el soldado, debía prescribir la aplicación del poderío armado de una nación:

"Abandonar una gran empresa militar, o el plan de ella, a un juicio y decisión puramente militares, es una distinción que no puede ser permitida, y hasta resulta perjudicial; verdaderamente, es un procedimiento irracional consultar a los soldados

profesionales acerca del plan de una guerra, o pretender que den una opinión puramente militar sobre lo que el gabinete debería hacer”.

Clausewitz podía ser tan sutil y lógico como enjundioso, y jamás crítico alguno ha mostrado una comprensión más honda del aspecto moral de la guerra. En sus deducciones tácticas, basadas en un ponderado criterio y dilatada experiencia, revela a menudo una agudeza de apreciación tan atinada como Saxe y Guibert. No es un inflexible dogmático ni aún respecto a sus propios principios”. Digno de compasión es el guerrero que se contenta con arrastrarse por el terreno mendicante de las reglas... lo que el genio hace, debe ser lo mejor y la teoría no puede hacer otra cosa sino mostrar cómo y por qué es así”.

Sin embargo, hemos de concluir en que, a la larga, un teorizante militar debe juzgarse no sólo por sus escritos, sino también por la interpretación que de los mismos se haga en los futuros campos de batalla. Si los axiomas y diagramas de Jomini produjeron soldados puramente geométricos, ello se debió a que sus excepciones demostraron ser menos convincentes que su sistema. Y si Clausewitz fue, por decirlo así, el padre espiritual de la era más sangrienta y devastadora de los tiempos modernos, se debe principalmente a que mentes más pequeñas aceptaron su filosofía antes que sus tácticas, y optaron por sus fulgurantes frases más que por sus razonables variantes.